

Alfabetizadoras voluntarias de Adultos

Una experiencia en un pueblo de difícil provisión

Julia Alonso Nates

El relato se desarrolla en un pequeño pueblo de Cantabria de la zona lebaniega, en Picos de Europa. Un pueblecito situado entre la ladera de la montaña y un riachuelo, que se comunicaba con otro barrio del mismo pueblo a través de un pequeño puente artesanal de madera. Este acceso, más corto, era el que se usaba habitualmente para acceder al mismo, salvo en épocas de lluvias intensas, en que era preciso dar un rodeo.

Esta experiencia puede ser un recordatorio de las etapas que hemos ido pasando en la historia de la escuela para aquellos estudiosos o curiosos de las situaciones y carencias que tuvimos, y que sin duda hicieron que entre todos/as ayudáramos a mejorar la cultura en España. Unida esta experiencia a las de otras personas, se puede ir uno haciendo idea de lo que supusieron la suma de todas ellas en el devenir de la escuela.

El contar esta historia es también un compromiso con un tiempo y un país. Ser maestra es una actitud ante la vida, es ayudar a desarrollar el potencial humano, ser testigo de cómo viven, piensan y se desarrollan las generaciones que en el futuro deben asumir responsabilidades. En esta tarea pusimos nuestros mejores deseos, saberes, sentimientos y dedicación en condiciones precarias.

El relato no puede prescindir de la subjetividad y del velo que el paso del tiempo han ido dejando en la memoria, pero en esencia quisiera ser lo más fidedigno posible, dentro de la debilidad humana de adornar y entender hoy mejor que entonces lo que realmente intuías, pero no identificabas, por la edad y por las circunstancias. La labor callada, sencilla, me hace recordar; y vienen a mi mente cantidad de detalles que estaban adormecidos y pugnan por salir y mantenerse vivos.

Para llegar al pueblo había que caminar cinco kilómetros. En un sube y baja constante, con caminos dificultosos y en ocasiones con un clima duro. Para poder bajar el fin de semana a casa, lo hacía en burro cuando estaban presentes el hielo o la nieve. Guardo un buen recuerdo de sus gentes y de su cariño y reconocimiento, a su manera, de nuestra labor.

Para contar esta experiencia, no he encontrado datos de ella en mi búsqueda de información, ya que si no recuerdo mal fue una convocatoria de la Delegación de Educación de Santander que se publicó en alguna revista profesional, quizás en “Vida Escolar” o en el periódico del SEM, y que algún fin de semana leí y me llevó a pensar que me serviría para ayudar a mejorar las condiciones de la escuela. Supongo que igual en los archivos de la actual Consejería de Educación, Cultura y Deporte se conservará el registro de esta historia.

Voy a buscar un tipo de narración que acerque, que implique y que, a la vez, permita expresar los sentimientos y emociones que hacen del recuerdo un instrumento valioso.

Qué es lo que influyó en mí para complicarme la vida con esta actividad de alfabetizadora de adultos. Yo creo que fue un cúmulo de cosas que, en aquellos años de rebeldía juvenil, empezaban a aflorar, con noticias y más conocimiento de la realidad que estábamos viviendo y la necesidad de abrir caminos de libertad personal para otras personas que ni se daban cuenta de que

no la tenían; el deseo y la necesidad de creer que la escuela podía proporcionar la cultura y hacer entender la igualdad entre los seres humanos; el estar abierta a que en la mitad larga del siglo XX se debían promover programas que conectasen más con lo que tú pensabas que había que cambiar y poder ofrecer otras aspiraciones, otros modelos y otra realidad posible. Todo esto, unido al miedo, en aquellos tiempos en que esta forma de entender la educación como rompedora de lo establecido como bueno te hacía ser muy cuidadosa para no suscitar recelos e impedimentos que pudieran truncar la labor emprendida.

Situación personal, física y ambiental de la experiencia

En el curso 1966-1967, con un año de experiencia y con diecinueve de edad, tenía poco bagaje profesional y poca preparación personal para las situaciones de adulta y responsable que asumía en estos primeros años de docencia. Con alumnado en edad escolar era más fácil, pero al iniciar esta otra actividad, en la que algunos de los participantes eran mayores que yo, la intuición tuvo que hacer muchas cosas por mí; y seguro que de los errores fui aprendiendo sobre la marcha.

Mi llegada al pueblo fue precedida de una convocatoria de concejo para ver en qué casa me podían acoger, pues la vivienda de la escuela no reunía condiciones de habitabilidad y el edificio de la escuela no disponía de servicio, y en las casas, sin agua y sin alcantarillado, les daba reparo acoger a la maestra. Después de muchos debates de si me tenían que acoger los padres que tuvieran hijos, y otras vicisitudes largas de contar, pensamos mi padre y yo en volvernos a casa y que la Delegación de Educación me buscara acomodo. Provisionalmente, me instalé en casa de un matrimonio sin hijos, que luego fueron una familia para mí y con los que viví hasta que me marché del pueblo.

La escuela estaba situada entre la iglesia y el árbol de juntas. Era un edificio de planta rectangular y con dos ventanas al sur y una al oeste, con una puerta también al sur y un tillado de madera y paredes blancas. Por todo mobiliario, tenía cuatro bancos y cuatro mesas de madera artesanal, con muchos agujeros y cuatro huecos para los tinteros que ya no existían, a cada lado de la clase. Una mesa para el maestro/a, que en otro tiempo fue y que ahora, subida en una tarima alta, era un nido de polillas; tuvo que ser reparada con papel adhesivo, de lo que se empezaba a vender y que tantos agujeros tapó. También había una silla de madera con aires lejanos de autoridad, y que igualmente reparamos. El patio de la escuela, por llamarlo de alguna manera, era el lugar donde los chicos jugaban al fútbol en verano. Y no quedaba un cristal en las ventanas, aunque los cartones tapaban los huecos que los cristales dejaban, dando tamiz al sol que entraba. No existía ninguna fuente de calor. En otras escuelas había una estufa de fundición, que en muchas ocasiones hacía mal la combustión; pero tosiendo, oliendo y saliendo a la calle, algo calentaban; aquí ni eso había. Biblioteca o algo similar tampoco había; ni un triste libro del Quijote, ni balda que lo sustentara. Ante este panorama, lo primero pedir ayuda. Arreglaron los cristales, con el miedo a que el primer domingo que jugaran al balón los rompiesen. Pedir una red era demasiado y dinero para material, una utopía. La estufa, una pica en Flandes. Y así hubo que buscar la manera de hacer aquel habitáculo habitable y sacar la imaginación a pasear hasta dar con la idea de que un indiano, benefactor del pueblo en otras cosas, pudiese echarnos un cable para comprar una estufa de butano. Y así fue como, encontrada la dirección, me puse en contacto con él. Y, con el presupuesto de la estufa, le envié la solicitud, que fue atendida y pudimos tener una catalítica de tres fuegos de butano que nos proporcionó un invierno menos frío en el aula. No recuerdo bien, pero creo que sí le escribimos dándole las gracias.

El sábado bajaba a casa, y allí fui buscando la manera de, con algunos materiales que me iban guardando y otros que compraba, acercar al aula lápices, bolígrafos, cuadernos, tinta, plumillas, tizas... para que la pizarra y el pizarrín no fueran los únicos instrumentos que utilizaran.

Aprovechaba para subir alguna revista profesional: leía la del SEM y otras que me prestaban, como “Vida Escolar”. Y en una de ellas, como he dicho antes, vi la convocatoria de plazas para ser alfabetizadora voluntaria de adultos. No existía ninguna remuneración económica, pero daban cajas de libros y algunos materiales fungibles, con una gratificación para realizar alguna actividad al final del trabajo con el alumnado. Y pensé lo largo que se me hacía el tiempo cosiendo y leyendo poco, pues no se encendía la luz por economía hasta que no era noche ciega. Y comenté a mis compañeras del pueblo cercano y de otro más apartado si les gustaría sumarse a la experiencia. Acordamos las tres hacer las indagaciones entre los chicos y chicas del pueblo que pudieran estar interesados en esta actividad, ya que cuando se iba la luz del sol acababan sus tareas y se aburrían mucho en las casas, ya que en muchas no había ni radio. Como en los tres sitios la respuesta fue positiva -en mi caso había muchos mozos y mozas, tantos como unos dieciocho-, enviamos las solicitudes, que fueron aceptadas. Y en este punto comenzó nuestra experiencia.

El disponer del material aportado por la Delegación de Educación estaba supeditado a que fuéramos nosotras a recogerlo y llevarlo al pueblo. Como no teníamos tiempo para ello, yo pedí a mi padre que lo recogiera en Santander y que en el coche de línea lo trajese hasta el cruce y que desde allí al pueblo lo subiera en los burros, junto al tocadiscos, discos, revistas y libros de casa, que había previamente yo preparado.

Eran las doce del mediodía. Yo había acabado la clase e iba al campanario a tocar las campanas del ángelus, que también era una manera de avisar a las madres de que después del rezo los chicos/as iban a ir a casa a comer, para que dejaran sus faenas domésticas o agrícolas, cuando a lo lejos divisé la comitiva que iba llegando al pueblo. Era un día soleado y apretaba el calor; y nunca olvidaré a mi padre con un pañuelo blanco con cuatro nudos encajado en su cabeza y cubierto de sudor. Me dijo: “esto solo se hace por una hija”.

Con la llegada del material y la instalación de un enchufe, dimos por iniciado el comienzo de las actividades de verdad, es decir, la planificación de saber el punto de partida de cada uno y sus aspiraciones al participar de esta experiencia, ya que algunos querían sacar el Certificado de Estudios Primarios, pues su deseo era salir del pueblo a buscar otros oficios o empleos; otros tenían que hacer la *mili* y querían saber leer y escribir mejor para comunicarse por carta con sus familias o novias; y las chicas, por su parte, aspiraban a dejar el pueblo e irse a servir en casas o con familiares y, en definitiva, buscarse otros medios de vida.

Constatamos con las pequeñas pruebas que les pasamos que había diferentes niveles en el grupo y también diferencias importantes entre los chicos y las chicas, ya que ellas presentaban mejores niveles en materias instrumentales, pues habían asistido más tiempo y con más regularidad que los chicos a la escuela. Ellos, en épocas de hierba o trashumancia del ganado, faltaban mucho tiempo a clase.

Nuestro horario comenzaba al caer la tarde. Y entre seis y media y siete esperábamos a que el grupo llegase escuchando música y canciones de actualidad, con los comentarios de cómo les había ido el día y si tenían alguna novedad que contar. Yo les repetía las noticias que escuchaba en la radio por la noche; y aún recuerdo el anuncio que Radio Andorra emitía (esta era la única emisora que se escuchaba malamente; y si las pilas no estaban muy nuevas, peor que peor). La programación de esta emisora iba precedida del anuncio de “Iberia, líneas aéreas de España,

donde únicamente el avión recibe más atenciones que usted, les ofrece su boletín informativo de todos los días a esta misma hora...”. Esa era mi fuente para informarles de lo que pasaba por el mundo, y localizábamos en los libros los lugares donde ocurrían las cosas, hasta que llegaban todos y todas. He de decir que venían limpios y mudados después del duro trabajo que hacían, y eso ya era una mejora personal hacia sus compañeros.

Entre los objetivos que las tres maestras nos propusimos estaban como prioritarios no solo los aprendizajes de las materias instrumentales, a las que dedicábamos una hora diaria, sino también aspectos comunicativos, relacionales, que tanta falta les hacía desarrollar, pues al ser su trabajo solitario con animales o en las tierras, también solos, la comunicación era más bien familiar, y era conveniente que desarrollaran habilidades para desenvolverse en ambientes más amplios. La higiene, la alimentación, la salud, fueron temas que abrieron debates; y necesitamos hacerles entender que los tiempos iban pidiendo estas mejoras de la realidad que existía. La segunda hora la dedicábamos a aprender cosas que en su medio iban necesitando, y conectándolo con la geografía, historia local y nacional y con la necesidad de saber medir sus tierras de formas irregulares. En general, era el programa escolar adaptado a un mundo de adultos. He de decir que en cuestión de naturaleza, animales y plantas, los libros se quedaban atrás de lo que ellos por experiencia conocían y sabían describir con minuciosidad; era una inteligencia natural que aprovechábamos para hacerles comprender las cuestiones más abstractas y que generaban más dificultades. He de recordar que en todo momento se ayudaban, y en una sociedad tan machista, por entonces, no opusieron reparos a la hora de un aprendizaje cooperativo, para ayudarse entre chicos y chicas a ir escribiendo, leyendo y memorizando las tablas de multiplicar u otras cuestiones que se anotaban en el encerado para ser aprendidas.

El curso se fue desarrollando con alegría, y empezamos a planificar lo que haríamos con el dinero de la gratificación. Querían ir de viaje. Algunos no salían del pueblo hasta que no iban a la *mili*. Y pensamos las tres maestras en juntar los dineros y planificar el viaje sobre los sitios que habían manifestado tener ganas de conocer y que en los libros más les habían gustado, y que no estuviesen muy lejos, para poder aportar una cantidad para realizar el viaje. Acordamos tres días de finales de junio, viernes, sábado y domingo, para visitar Valladolid, Burgos y León. La experiencia fue preciosa y recuerdo la regañina de la dueña de la pensión *España* de Valladolid, porque los chicos/as no habían tirado de las cadenas en los servicios y los habían atascado. No se nos ocurrió advertirles de esa necesidad, aunque sabíamos de sobra que ellos no tenían agua en las casas del pueblo.

Los resultados escolares fueron muy buenos. Dos de los chicos sacaron el Certificado de Estudios Primarios y los demás aprendieron a leer, escribir y calcular con las operaciones de las cuatro reglas bastante bien, con reflejo en la vida real para comprar y vender animales y otras cosas con más seguridad. Aún lo recuerdan con mucho gusto, pues, además de aprender, disfrutaron de la música y de la lectura de libros y novelas, que empezaron a comprar y cambiarse entre ellos/as.

Como colofón de esta experiencia, diré que fue tanto o más gratificante para las tres maestras que lo llevamos a cabo como para los alumnos y alumnas asistentes, pues en nuestros viajes de fin de semana comentábamos lo que había pasado y mejorábamos con las experiencias que le habían dado resultado a las otras. Nos permitió disfrutar de nuestro tiempo en el pueblo y de ganarnos su respeto y confianza. Y a pesar de ser tan jóvenes como ellos, no fue necesario tomar distancias, pues entendieron perfectamente nuestra dedicación.